

San Josemaría y la educación de la gente joven

Valiosas aportaciones

San Josemaría Escrivá ha realizado valiosas aportaciones al mundo de la educación de la gente joven. Y las ha realizado sin haberse propuesto escribir ningún tratado sobre el tema, sin hacer ninguna escuela pedagógica. Él insistió siempre en que el Opus Dei no tiene ni tendrá opinión o escuela corporativa particular en materias teológicas o filosóficas, y por tanto tampoco una escuela pedagógica propia. O sea, no se puede decir que haya un estilo pedagógico propio del Opus Dei.

La aportación que hace San Josemaría es de otro orden. No son aportaciones en el orden técnico o metodológico. Se refieren al espíritu que debe informar la educación, al realce que se le da, al modo de tratar a la persona y de entenderla. De ahí que sean ideas con una multiplicidad de manifestaciones y que posean un valor permanente frente a los avances científicos o técnicos. Son aportaciones que se expresan en valores que no son propios de una época, ni de un lugar, y que por tanto presentan una enorme diversidad.

Se manifiesta de modos diversos según los países, las épocas, los tipos de personas. No hay una uniformidad, porque se trata de un espíritu que ha de fructificar e inculcarse en situaciones sociales enormemente diversas, en lugares o en épocas muy diferentes.

Diversos ámbitos

Podemos en primer lugar fijarnos en los principales ámbitos en que se manifestó su preocupación por la formación de la gente joven.

El primero, y quizá del que más habló, se refería a la familia. Hay numerosísimas referencias de su predicación oral y escrita sobre cómo educar bien a los hijos en la familia en un clima de libertad. Mencionaba con frecuencia el ambiente que encontró en el hogar de sus padres, presidido por el sentido cristiano, el espíritu de libertad, la templanza, el trato considerado con todos. Los consejos y recomendaciones de San Josemaría han iluminado la vida de muchos hogares en todo el mundo y son quizá el mejor reflejo de la influencia de sus enseñanzas en la formación de la gente joven. Por otra parte, esa preocupación suya por la educación de los hijos ha sido también el germen de multitud de organizaciones dedicadas a la educación en la familia que prestan hoy un gran servicio en todo el mundo.

También dedicó San Josemaría una especial atención a la enseñanza. Desde los primeros años del Opus Dei, animó a muchas personas a trabajar en la universidad. Más adelante, impulsó la puesta en marcha de numerosas universidades en todo el mundo. Y animó a trabajar en colegios e institutos, públicos o privados, e impulsó igualmente la creación de nuevos colegios y escuelas rurales en los que siempre recomendó que los padres tomaran un gran protagonismo. Ese profundo aprecio que siempre transmitió por cualquier trabajo relacionado con la enseñanza ha despertado

en muchas personas el deseo de dedicarse profesionalmente a esas tareas, en instituciones públicas y privadas de todo tipo.

Otra de sus grandes preocupaciones fue la de crear espacios que resultaran positivos para la formación de la gente joven fuera de sus horas estrictamente lectivas. Desde los años treinta, en Madrid, se preocupó de poner en marcha centros donde estudiantes universitarios pudieran encontrar un ambiente favorable para el estudio, para la cultura, para los idiomas, para fomentar la ilusión por investigar, para entender la excelencia académica como un servicio a Dios y a los demás. Estas primeras experiencias tuvieron un gran éxito y la fórmula se extendió por todo el mundo, pronto ampliada a estudiantes de secundaria y bachillerato, y más tarde en forma de clubes juveniles que crearan, para chicos y chicas aún más jóvenes, unas mejores oportunidades de formación extraacadémica.

Denominador común

Quizá el gran público percibe la aportación de San Josemaría a la educación de la gente joven sobre todo por algunas de las labores corporativas que acabamos de mencionar. Y quizá efectivamente esos colegios, escuelas rurales, centros culturales, colegios mayores o universidades, son las obras más emblemáticas, las que a los ojos de muchos representan el gran potencial educativo que ha suscitado San Josemaría, pero insisto en mi apreciación de que la clave no está principalmente ahí, sino en la conciencia de la importancia de la educación que ha despertado en personas que están presentes en los ámbitos y situaciones más diversas.

Y tanto en un caso como en el otro, hay un parecido y una diversidad entre todos ellos. La influencia de San Josemaría, o del espíritu del Opus Dei, en una institución educativa es parecida a la influencia de ese mismo espíritu en una persona singular. Entre varias personas de la Obra hay evidentemente cosas comunes, pero no hay un carácter, un estilo propio de las personas del Opus Dei, sino que somos muy diferentes. San Josemaría solía utilizar esa expresión del "denominador común" y el "numerador diversísimo", que es una comparación procedente del mundo de las matemáticas, y sabemos bien que eso del denominador común es algo que permite que las fracciones se puedan sumar, y eso es una característica interesante: ser personas que saben sumar esfuerzos, y que dentro de una gran diversidad saben tener ese espíritu de colaboración, de lograr unas sinergias –con los que piensan de modo parecido y con los que piensan de modo bastante diferente– para conseguir así unos objetivos comunes con mayor facilidad que con criterios individualistas.

Un centro educativo animado por el espíritu del Opus Dei tendrá sus puntos fuertes y sus puntos débiles, sus aciertos y sus errores; pero siempre tendrá también encendida una luz, la luz de una misión divina, que da a su tarea un sentido de servicio y de misión. Y una persona, por ser de la Obra, o por querer vivir el espíritu de la Obra, no pasa a ser más inteligente, ni deja de poder equivocarse, ni deja de tener errores personales, pues siempre hay una distancia entre lo que deberíamos ser y lo que logramos ser; pero sí tiene encendida dentro del alma una luz, la luz de una vocación divina, que da a su vida un sentido de misión, una búsqueda de la santidad en esas ocupaciones.

Un sello característico

En las actividades educativas animadas por este espíritu puede apreciarse un sello, unos rasgos característicos. Si un observador medianamente perspicaz lo analizara con detenimiento, advertiría enseguida unos rasgos de un ambiente y fisonomía característicos, que por cierto no siempre son fáciles de definir. El hecho de que no sean fáciles de definir puede entenderse como positivo, puesto que la mayoría de las realidades en la vida no son sencillas de explicar, se resisten a reducirse a afirmaciones o definiciones simples.

Ese sello común se capta en mil detalles que, uno a uno, quizá son poco perceptibles, y que, por supuesto, no resultan exclusivos del Opus Dei. Quizá es un modo de entender la vida, una consideración atenta y fraterna de las personas, una escala de valores orientadora, una impronta eminentemente espiritual... Todos esos aspectos, que ahora trataremos de comentar, unidos, como es natural, a que siempre habrá muchas cosas en que mejorar. Sucede como con la verdad bien adquirida, que queda siempre en la inteligencia, aun cuando a veces, por nuestros errores personales, no la comprendamos completamente o no informe por entero nuestra conducta.

Unidad de vida

Un primer rasgo característico es la *unidad de vida*. Es una expresión acuñada por San Josemaría. Podría decirse que así como la sinceridad es adecuación entre lo que se piensa o se siente y lo que se dice, la unidad de vida sería, por decirlo de una manera sencilla, la adecuación entre lo que se piensa, se dice, se hace... y se debe hacer. Es como la coherencia y la autenticidad integral en la orientación de la vida.

La educación compromete la vida por entero. El espíritu que anima a cada uno, el ejemplo de su conducta personal, el esmero que pone en su trabajo... todo eso informa e influye en la educación. Por eso no debe haber una división radical entre los que enseñan y los que aprenden. Educar es una tarea de todos, pues todos contribuyen a educar, y todos resultan beneficiados.

Me parece que, gracias a Dios, cada día hay más conciencia de que la tarea de educar no debe entenderse como una cuestión unilateral. Todos recibimos formación, educación. Y muchas veces, lo sabemos bien, las grandes lecciones que recibimos nosotros, tanto los padres como los profesores, solemos aprenderlas de la gente joven: de los hijos y de los alumnos.

Una escala de valores novedosa

San Josemaría también aportó una idea que constituye una escala de valores bastante novedosa. Dijo muchas veces que en la enseñanza lo primero debían ser los padres; lo segundo, el profesorado; lo tercero, los alumnos. Y solía añadir, dirigiéndose a los padres: "Vuestros hijos —no os ofendáis— están en tercer lugar. De esta manera marcharán bien"¹. La importancia de los padres en la educación de los hijos, y la importancia del testimonio personal diario del profesor, hacían que

subrayara siempre esa novedosa escala de prioridades, que a muchos resultaba sorprendente.

Espíritu de libertad

El espíritu de libertad también ha de ser siempre otro rasgo característico en una educación alentada por el espíritu del Opus Dei. Se trata de que la gente se forme en libertad. Esto es una cosa siempre difícil, porque educar en libertad, no es simplemente dar libertad, que eso lo hace cualquiera, sino enseñar en libertad a utilizar bien la libertad. La gente ha de hacer el bien libremente, porque quiere hacerlo, porque cree que debe hacerlo. Y San Josemaría lo entendía así: "Creo en la libertad como medio de formación; creo en la libertad como medio de eficacia; creo en la confianza como condición de unidad" ².

Es una visión de la educación basada en dar confianza, en procurar que adquieran responsabilidad, en explicar las razones de las cosas, en invitarles a pensar antes de que adopten decisiones que quizá nosotros consideramos equivocadas, pero respetando la libertad y suscitando la iniciativa personal. Se trata de dar luz a las personas para caminar por la vida, pero son ellos los que caminan. Toda esa labor de orientación y de ayuda debe buscar que cada uno se enfrente con sus propias responsabilidades. No es llevar a nadie a remolque a ningún sitio, sino que vayan por su propio pie.

Ese espíritu de libertad se manifiesta también, como es natural, a la hora de educar en la fe. Así lo explicaba San Josemaría ante un grupo de padres del Colegio Retamar en 1972, después de hablarles de rezar, de dar ejemplo a sus hijos, de transmitir con la propia vida una formación profunda, de educar en un clima de alegría y de libertad: "No les obligues a nada, pero que os vean rezar: es lo que yo he visto hacer a mis padres y se me ha quedado en el corazón. De modo que cuando tus hijos lleguen a mi edad, se acordarán con cariño de su madre y de su padre, que les obligaron sólo con el ejemplo, con la sonrisa, y dándoles la doctrina cuando era conveniente, sin darles la lata" ³.

Identidad cristiana

Otro rasgo fundamental y evidente es la inspiración cristiana. Y es preciso referirse de nuevo a lo dicho sobre la unidad de vida. La inspiración cristiana de la educación no es meter unos añadidos, unos suplementos, de tipo espiritual o doctrinal, porque eso sería algo postizo, contrario a la unidad de vida. La unidad de vida exige que esa inspiración cristiana se manifieste en todos los valores que inspiran la acción educativa. Todo ha de proyectar una imagen y una concepción cristiana de la significación del hombre y de toda realidad.

Por eso, entre otras cosas, San Josemaría, al hablar de esos centros de enseñanza, decía que no llamaba "católicas" a esas instituciones, "porque ya lo ve todo el mundo que lo son" ⁴. La identidad cristiana ha de ser algo profundo, constitutivo. No un aspecto más, no algo superficial, no cosmético, no parcial, no sectorial, no de nombre, no de imagen. Y, además, no se presentan como "la solución católica" sino

como una forma más de educar, iluminada como mejor ha sabido por la luz del Evangelio y, por tanto, con el máximo respeto hacia la libertad de las conciencias.

Virtudes humanas

San Josemaría subrayó también siempre su aprecio por las virtudes humanas: laboriosidad, veracidad, sinceridad, naturalidad, confianza, lealtad, optimismo, generosidad, magnanimidad, templanza, etc. Y quizá tenía un especial aprecio por todas aquellas que rodean a la verdad: la sinceridad, la lealtad, la confianza. Decía: "Creo en lo que cada uno de vosotros me diga, aunque cien notarios unánimes afirmen lo contrario". Fiarse de los alumnos, de los hijos. Y que ellos se puedan fiar de nosotros. Cuando la gente no es sincera, indudablemente tendrán culpa ellos, pero es fácil que la culpa sea también nuestra, de los padres y los profesores.

Porque la sinceridad se educa, se facilita. Así lo decía en otra ocasión, en Madrid, en 1972: "Hacedlos leales, sinceros, que no tengan miedo a decirnos las cosas. Para eso, sé tú leal con ellos, trátalos como si fueran personas mayores, acomodándote a sus necesidades y a sus circunstancias de edad y de carácter. Sé amigo suyo, sé bueno y noble con ellos, sé sincero y sencillo"⁵.

Trato de amistad y de confianza

El espíritu cristiano debe traslucirse en una relación humana personal, individual, en evitar que alguien se pueda sentir sofocado en una masa. Así lo explicaba San Josemaría en una ocasión, en Pamplona en 1964: "Formad a los alumnos de tal modo que jamás se encuentren solos, que no tengan que experimentar jamás la amargura de la soledad"⁶. Y añadía en otra ocasión —esta vez en Madrid, en 1972— que "si alguno intentara maltratar a los equivocados, estad seguros de que sentiré el impulso interior de ponerme junto a ellos, para seguir por amor de Dios la suerte que ellos sigan"⁷.

Cada persona requiere una asistencia concreta, personal. No es lícito ofender la dignidad humana y la dignidad de hijo de Dios, no acudiendo personalmente a cada uno con la humildad del que se sabe instrumento, para ser vehículo del amor de Cristo: "Cada alma es un tesoro maravilloso; cada hombre es único, insustituible. Cada uno vale toda la sangre de Cristo"⁸. "El amor a las almas —recalcaba en otra ocasión— nos hace querer a todos, comprender, disculpar, perdonar... Debéis tener un amor que cubra todas las deficiencias de las miserias humanas"⁹.

"No es camino acertado, para la educación —escribió San Josemaría en 1973—, la imposición autoritaria y violenta. El ideal de los padres se concreta más bien en llegar a ser amigos de sus hijos: amigos a los que se confían las inquietudes, con quienes se consultan los problemas, de los que se espera una ayuda eficaz y amable. (...) Si tuviera que dar un consejo a los padres, les diría sobre todo éste: que vuestros hijos vean —lo ven todo desde niños—, que procuráis vivir de acuerdo con vuestra fe, que Dios no está sólo en vuestros labios, que está en vuestras obras; que os esforzáis por ser sinceros y leales, que os queréis y que los queréis de veras"¹⁰.

Amor al trabajo

El espíritu del Opus Dei da a la santificación del trabajo una importancia fundamental. Es preciso educar en la necesaria exigencia, para enseñar a vencer la tendencia a la pereza, la tendencia a quedarse en lo fácil, la tendencia a evadirse del cumplimiento de las obligaciones personales (aunque fuera so capa de obligaciones nobles).

San Josemaría siempre resaltó que hemos de ver "en el trabajo —en la noble fatiga creadora de los hombres— no sólo uno de los más altos valores humanos, medio imprescindible para el progreso de la sociedad y el ordenamiento cada vez más justo de las relaciones entre los hombres, sino también un signo del amor de Dios a sus criaturas y del amor de los hombres entre sí y a Dios: un medio de perfección, un camino de santidad" ¹¹.

Servicio a los demás

Otro aspecto decisivo, y unido al anterior, es la mentalidad de servicio a la sociedad, de ayuda al prójimo, de fraternidad cristiana. Sabemos que vivir con espíritu de servicio lleva a la auténtica felicidad, a la verdadera alegría. Si aprenden desde pequeños a descubrir las posibles necesidades de los demás, esa sensibilidad es muy importante en la educación de esas personas.

Y no sólo en detalles de servicio directos, sino también, y sobre todo, en el trabajo ordinario bien hecho. Cualquier proyecto profesional de cualquier persona debe tener como telón de fondo una idea de servicio, de hacer rendir los propios talentos en servicio de los demás y de la sociedad. El trabajo ha de tener siempre una dedicación a los demás generosa y sacrificada, procurando hacerles grata la vida, nunca un objetivo egoísta.

Y uno de los trabajos en los que mejor se plasma ese sentido de servicio es la educación. San Josemaría manifestó siempre una gran consideración por la dedicación a las tareas de formación de gente joven: "Tu profesión es admirable —decía en una ocasión a una profesora—. Jesús se hace llamar Maestro, y tú eres también maestra de aquellos niños. ¡Fíjate si es grande tu profesión! Tienes a tu cuidado unas almas, que son como barro blando. Puedes poner allí tus dedos, y plasmar tu fe, los deseos grandes que tienes de ser una cristiana admirable, buena servidora de los demás, de tu país... ¡Tantas cosas estupendas les puedes enseñar...! Puedes hacer una labor casi sacerdotal con tus alumnos, hija mía."

Toda esa consideración se fundamenta en el valor infinito de cada alma: "Coges a cada alma como si fuera un tesoro —y lo son, porque cada una vale toda la sangre de Cristo—, y haces lo que uno de aquellos miniaturistas de los viejos monasterios de la Edad Media, que se pasaba los días pintando un pajarillo, una flor... Así haces tú con esas almas."

Apostar por la gente joven

San Josemaría decía que teníamos que poner "el signo más", un sentido positivo a todo lo que hacemos. Y al educar, ese creer sinceramente en las personas, verlas con buenos ojos, saberlas valorar, tiene unos efectos sorprendentemente positivos. Todos hemos pasado alguna vez por pequeñas crisis, por momentos en los que nos faltaba un poco de fe en nosotros mismos, y quizá entonces encontramos a alguien que creyó en nosotros, que apostó por nosotros, y eso nos hizo crecer y superar aquella situación.

San Josemaría procuró llevar siempre a la práctica ese espíritu de profunda confianza en la gente joven. Lo demostró, por ejemplo, a la hora de otorgar responsabilidades importantes en el Opus Dei a gente de poca edad y experiencia: "El aspecto juvenil no importa, cuando se suple con el tiempo que se lleva entregado a Dios, con la formación espiritual, con la formación cultural religiosa, con la formación de ciencia profana; y, sobre todo, con las virtudes que —por nuestra entrega al Señor— se han de procurar vivir, porque entonces viene como anillo al dedo aquello del salmo: *super senes intellexi, quia mandata tua quaesivi*; comprendo las cosas mejor que los ancianos, porque sólo busco, Dios mío, cumplir tus mandamientos"¹².

Siempre aconsejó a los padres que a los hijos "conviene escucharles con atención, esforzarse por comprenderlos, saber reconocer la parte de verdad —o la verdad entera— que pueda haber en algunas de sus rebeldías"¹³. Recomendó tratar a los jóvenes como si fueran mayores, dándoles responsabilidad. Se esforzó en escuchar al más joven, sin importarle su falta de experiencia, buscando enriquecerse con nuevos puntos de vista. Desde el principio, puso el Opus Dei en manos de gente muy joven, les encomendó tareas que parecían exceder a sus posibilidades, y el tiempo demostró que su audacia era bendecida por Dios con sorprendentes muestras de madurez. Le gustaba bendecir las guitarras, le gustaba ver disfrutar de modo sano a la gente joven, le gustaba respetar las polémicas muestras de "modernidad" sana que traían los nuevos tiempos y los nuevos aires.

Cada generación es responsable de cómo ha educado a la siguiente, del legado que les ha transmitido mediante una formación de la que, de una manera o de otra, ha sido protagonista. Todo eso constituye una tremenda responsabilidad y, al tiempo, una de las mejores oportunidades de avance que el hombre posee. Porque el prodigio que interrumpe una y otra vez el discurrir de las cosas humanas, y lo preserva de la decadencia, es, en última instancia, el hecho de que nacen nuevos seres humanos. Cada recién llegado es un nuevo potencial de ganancia para la humanidad, un nuevo motivo de fe y de esperanza al que debemos estar abiertos. San Josemaría transmitió siempre un mensaje de optimismo y de esperanza en la gente joven, una actitud que siempre ha estado presente en los grandes hombres, y que la gente joven siempre ha sabido discernir y valorar.

¹ Francisco Ponz, *In Memoriam Josemaría Escrivá*, p. 105.

² Tertulia, 20-V-1966.

³ Tertulia en el Colegio Retamar, Madrid, 28-X-1972.

⁴ Carta, 9-1-1932, n. 23; *Meditaciones VI*, p. 136.

⁵ Ana Sastre, *Tiempo de caminar*, Rialp, 1989, p. 426.

⁶ Francisco Ponz, *In Memoriam Josemaría Escrivá*.

⁷ Francisco Ponz, *In Memoriam Josemaría Escrivá*.

⁸ Es Cristo que pasa, n. 80.

⁹ Carta 9-I-1932, n. 67.

¹⁰ Es Cristo que pasa, n. 27-28.

¹¹ Conversaciones con Mons. Escrivá, n. 10.

¹² Cuadernos 9, p. 155. Cfr. Salmo 118, 100.

¹³ Es Cristo que pasa, n. 27.